

CONCIENCIA HISTORICA E IDENTIDAD CULTURAL

(*) DANTE RAMAGLIA Ph. D.
Universidad Nacional de Cuyo
Mendoza - Argentina

La cuestión acerca de la identidad de los pueblos y naciones latinoamericanas es examinada en sus supuestos teóricos, además de seguir las líneas principales de su configuración efectiva en la reflexión histórica.

Se considera esta problemática atendiendo al modo en que ha sido enunciada por los distintos sujetos comprendidos en la constitución de un proyecto común y su articulación en los procesos políticos y sociales de América Latina.

El tema al momento de conformación de la subjetividad moderna, tanto en lo cultural como en lo político-económico, y el significado que asume en este contexto el "Descubrimiento de América", reseñando únicamente algunas posiciones que se inauguran desde esta época, atraviesan como proyecto nuestras tierras y desembocan en la discusión actual acerca de su continuidad y consecuencias mundiales.

Planteada en estos términos la cuestión, interesa reconocer las condiciones de posibilidad en que aparece una determinada identidad, en relación a los distintos momentos de ruptura en América Latina. Esta identidad se presenta como reflejada no en una continuidad con su expresión en el pensamiento histórico, sino atravesada por una serie de cortes en los que se va a construir una forma propia de comprensión y transformación de la realidad.

Asimismo se trata de mostrar cómo esa experiencia histórica se ha manifestado en distintos momentos a nivel continental, y también el modo que asume como "identidad nacional". En particular, considerando el caso argentino se señalan las conexiones existentes entre la consolidación nacional a partir de la organización del Estado moderno, con sus fases de crisis y acumulación, y las diversas ideas políticas y sociales que configuran un proyecto institucional en el ámbito cultural, con su consecuente fundamentación en el discurso filosófico.

La cuestión de la identidad es un tema recurrente dentro del pensamiento latinoamericano. Su formulación por distintos autores de nuestra tradición intelectual que se ha planteado la especificidad de lo propio ha derivado a veces en una postura crítica, llegando a rechazar incluso la posibilidad de su definición por considerar lo latinoamericano como mera copia.

Por otro lado, en algunas interpretaciones se ha recurrido a principios identificatorios míticos, como lo "telúrico" o lo "racial", para fundamentar una cierta peculiaridad nacional o regional inherente a nuestros pueblos.

Nos proponemos revisar los supuestos teóricos que contiene el tema de la identidad, indicando un modo de tratarlo que no lo transforme en un seudoproblema, o lo oriente hacia una utilización restringida y deformante de nuestra realidad.

En este sentido nos preguntaremos por las condiciones históricas desde donde ha sido enunciada una identidad propia, y esto cobra su importancia debido a la cercanía del quinto centenario que obliga a replantear la identidad asumida desde ese momento hasta el presente, en donde no son menores las dudas acerca de la proyección futura, y esto también se comprueba a nivel mundial.

La perspectiva desde la cual se aborda esta cuestión remite a una consideración de la identidad en su dimensión colectiva o social, que no dejan de mostrar relaciones con el nivel individual de consideración.

Cuando se habla en la actualidad de una crisis de identidad como fenómeno característico de las sociedades de masas, esto se refleja especialmente en los individuos debido a la misma situación presente, relacionada a su vez con una forma de racionalidad que aparece con la época moderna.

La problemática mencionada de la crisis de identidad, nos lleva a plantear otra noción relacionada

que es la crisis del sujeto, tal como se entiende en el pensamiento filosófico contemporáneo al proceso de construcción y de construcción que se ha ejercido desde la modernidad hasta el momento actual.

Si tomamos como punto de reflexión justamente a ese sujeto moderno vemos que tuvo su expresión acabada en el discurso filosófico, pero también se iba a configurar históricamente a partir de la conquista y colonización de los "nuevos mundos".

Este impacto de grandes dimensiones, y lo decimos en su significado cultural y político, modifica tanto las formas de organización social y económica como la percepción del mundo propio y ajeno. Y esto se va a evidenciar de diverso modo en las dos realidades involucradas, la europea y la americana.

1. El proyecto moderno y la crisis del sujeto.

El proceso que se inicia desde la modernidad se presenta, entonces, con una fuerza configuradora de un nuevo sujeto político emergente en la Europa de la época. En su concreción social y económica va a incidir la acumulación primitiva de capital que se produce con la explotación de las riquezas, materiales y humanas, en las tierras recientemente conquistadas.

Esta manifestación efectiva en la historia era acompañada teóricamente por la constitución de un "sujeto pensante", explícitamente el ego cogito de Descartes, que desarrollaría los conocimientos adecuados a esa circunstancia. La ruptura provocada en Occidente desde el Renacimiento era así resumida por la modernidad, que va a tomar impulso como proyecto de renovación cultural y social en la Ilustración.

No queremos remarcar únicamente una función justificatoria del pensamiento, sino indicar la relación existente entre ambos momentos como parte de un proceso que va a delinear una subjetividad moderna,

que consiste finalmente en su identidad real.

Esta identidad que va a ser asumida desde el proyecto moderno no debe entenderse como algo homogéneo, ni lo fue desde el momento inicial de formación por las diferencias profundas de Europa en lo político y social, ni va a consolidarse de la misma manera esa subjetividad puesta en crisis en la teoría y la praxis posterior.

Sin embargo, es importante señalar el carácter integrador que evidencia la proyectualidad que contiene lo moderno. Los distintos niveles de las prácticas históricas y su conformación discursiva son dos aspectos integrales articulados por ese mismo proyecto, que producen una alteración significativa de las relaciones de los hombres entre sí y respecto a la naturaleza.

Esta potencialidad contenida en esta nueva época es la que se refleja en el recambio acelerado de los valores vigentes. Se instaura la racionalidad como principio fundante, y esto se traduce en las relaciones sociales que se regulan desde la formación de los Estados modernos de acuerdo a nuevos principios.

Estas formas de organización de las naciones europeas vendrán a concretar por un lado la razón de Estado de Maquiavelo, además de reproducir ese estado de razón en que se había entrado. Esto último lleva a la postulación de un orden más justo y racional de la sociedad, y aparece en los principios inspiradores de la Revolución Francesa, sostenidos en los “ideales universales de humanidad”.

Otra modalidad que encontramos desde los comienzos del pensamiento moderno es la utopía, como por ejemplo la de Moro, que además de ser un género narrativo nuevo iba a contribuir a la proyección de una sociedad y Estado ideal. Esta dimensión utópica se va a transformar en una intención presente en gran parte de los discursos de carácter político que surgieron en Europa como América. Este mismo “nuevo mundo” había sido comprendido desde su conocimiento como un lugar donde se proyectaron, e incluso ensayaron, utopías elaboradas desde el “viejo mundo”.

Un punto de inflexión importante en la constitución del sujeto moderno lo vamos a encontrar en la filosofía de Hegel. En éste se acentúa la razón como principio y fin de la historia, entendida esta última como desenvolvimiento del espíritu.

La dialéctica hegeliana refería ese devenir de la conciencia en sí y para sí según el principio de “identidad” que guiaba el proceso, ya que si bien era necesario un extrañamiento del espíritu en la “diferencia”, su mismidad era recuperada en el decurso histórico, entendido así como proceso ontológico.

Esta racionalidad postulada en la teoría hegeliana se manifestaba en la autoconciencia de los pueblos y especialmente en el Estado. Cuando analiza en la Filosofía del derecho este tema, va a plantear la

primacía de la realidad estatal sobre los particulares, intentando conciliar en su teoría los distintos conflictos que se evidenciaron con el movimiento revolucionario francés.

Igualmente significativo era el modo en que concebía la relación de los Estados entre sí según este desenvolvimiento de la razón, que justificaba el exterminio de las civilizaciones americanas. Esto también se fundamenta en el veredicto de Hegel sobre América como puro futuro, “vacío” y realidad inmadura; afirmación que sirvió luego como desafío, o límite a veces, para un pensar propio de los mismos americanos.

Pero antes de ocuparnos del surgimiento de una identidad propia de América con respecto a la cultura occidental, debemos terminar esta síntesis de la consolidación de esta subjetividad moderna señalando la misma crisis que experimenta hoy.

Según lo referido anteriormente, lo que se denomina como “descubrimiento de América” indica el momento de aparición y constitución de una identidad europea. Y ésta se refleja, en su perfil más “perverso”, justamente a través de esa realidad encubierta y dominada; si consideramos incluso la percepción que reconocen de sí mismos en relación a esa “naturalidad” salvaje ya algunos ilustrados.

Esta línea crítica es expresada en las visiones filosóficas posteriores que provocan un descentramiento del sujeto. En particular se trata de una actitud de “sospecha” que se lanza sobre esa conciencia “transparente” elaborada por el idealismo y que culmina en la filosofía hegeliana.

En primer lugar se encuentra la ubicación en la realidad de esa razón que aparecía como ajena a las condiciones sociales de su producción, tal como caracterizó Marx a la determinación de la conciencia por la pertenencia a un momento histórico concreto y situado. O el pensamiento antidealista de Nietzsche, que desenmascaraba a una “voluntad de poder” tras toda apariencia de verdad. Y se completa este “descubrimiento” del sujeto moderno con la teoría psicoanalítica de Freud, donde la conciencia no tiene ya su fundamento en sí misma, sino en el fondo oscuro del inconsciente.

Esta orientación va a ser continuada y reformulada luego en la crítica a la racionalidad que hacen algunas corrientes predominantes en la filosofía europea contemporánea, como el existencialismo, el estructuralismo y la crítica al “logocentrismo” que realizan algunos autores de esa tradición.

Por supuesto este hecho no es ajeno a las consecuencias de las grandes guerras mundiales como factor que quiebra con esa identidad europea, pero también influyen los residuos del colonialismo que continúan hasta nuestro siglo, en que se cuestiona esa identidad por los reclamos de los mismos afectados por esa situación degradante.

Este proceso, que desemboca actualmente en una revisión crítica de esa trayectoria de occidente o en la necesidad de ser superada por una postmodernidad, no escapa por lo tanto a la relación profunda con una humanidad olvidada por esa modernidad. Su irrupción histórica no sólo provoca las crisis de identidad del sujeto europeo, sino que hace posible que cobre forma una alteridad desconocida por esa razón centrada en sí misma.

2. Identidad nacional y latinoamericana.

Habíamos afirmado que el mismo proceso de la modernidad iba a conformar tanto la realidad europea como a la americana, y esta última no es únicamente el espejo de Europa sino que adquiere una identidad cultural surgida de su propia conformación histórica.

Ya hemos evidenciado la relación existente entre la modernidad y el “nuevo mundo” americano. Si nos cuestionamos por el significado que va a adquirir ese acontecimiento para nosotros en el presente, lo que inmediatamente se nos presenta es el modo en que esa modernidad y su proyecto fueron recibidos en este continente, siendo adecuado o reformulado de acuerdo a las circunstancias locales. Y también encontramos que esa ruptura se produce tanto al interior de ese programa unificador, como en condiciones de emergencia de nuevos sujetos que lo ponen en crisis. Ambos momentos sirven para definir nuestra especificidad histórico-cultural.

Consideramos, entonces, la cuestión de la identidad propia como un hecho evidente, y no por eso simple, que debe ser referido en su constitución histórica. Para esto mostraremos como la afirmación de un sujeto americano puede ser ubicada especialmente en los momentos de ruptura con una realidad de la que era necesario reapropiarse críticamente.

Este sujeto, cuyo tratamiento teórico lo remitimos al trabajo de Arturo Roig: Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano, es del que vamos a partir para afirmar una identidad cultural compartida por nuestros países. No obstante esto no implica sostener un núcleo esencial y mítico de lo americano, sino que básicamente ese sujeto se comprende en su constitución socio-histórica.

En este sentido el reconocimiento de una subjetividad y proyecto común lo podemos encontrar en referencia a las formas culturales peculiares que ha manifestado el hombre americano. Dentro de un concepto ampliado de lo cultural que abarca el total de objetivaciones y valoraciones producidas por un sujeto concreto y situado por eso mismo en una época determinada. Existe así un a priori histórico desde donde un sujeto plural ha determinado su posición axiológica de acuerdo a los modos de comprensión de la realidad y las formas de relación social existentes.

Con esto queremos delimitar la pregunta por la identidad hacia su vinculación con su construcción social efectiva. Y ésta se refiere tanto al modelo generado desde los proyectos políticos de las distintas naciones americanas, como a los modos concretos en que una identidad definida institucionalmente se reconstruye desde posiciones alternativas.

Siguiendo la perspectiva señalada vamos a reseñar algunos hechos significativos para la constitución de una identidad y sujeto latinoamericano, sin pretender dar un panorama acabado de ese proceso histórico que sólo mostraremos en algunos momentos que nos interesa destacar para el análisis.

La modernidad como fenómeno emergente se construye lentamente en Europa, y en España en particular es asimilado tardíamente. Sin embargo, con la colonización se trasladan inmediatamente a los reinos conquistando nuevas estructuras políticas.

Para América se presenta este mismo hecho como disolvente de una realidad social y cultural con un alto grado de desarrollo. Sin entrar a ocuparnos en detalle de este asunto, vamos a partir de la innegable modificación que se produce con la entrada de los españoles, que incorporan mediante el sometimiento a una aculturación forzada nuevos modos de relación social.

Singularmente significativa resulta la estrategia de un Hernán Cortez, como buen representante de esa subjetividad real que desata la conquista, cuando elimina la jerarquía azteca y derriba los dioses indígenas, imponiendo sobre sus mismas bases el nuevo imperio y la religión cristiana universal.

Un punto fundamental en que se asienta el dominio español, es en la implantación de esa organización jurídica y política que se legitima a su vez en un orden religioso superior.

La afirmación de un sujeto americano no se dará en forma ajena a esa organización que se impuso violentamente y originó por otro lado una cierta homogeneidad cultural de los territorios conquistados, unificados por la misma subordinación a la corona. Las instituciones del Estado español colonial posibilitan una idea de pertenencia a una nacionalidad americana, aprovechada luego en las luchas por la independencia.

Son antecedentes importantes, a fines del siglo XVIII, los movimientos de “autonomía cultural” que replantean la naturaleza y valor de lo americano, como las sublevaciones indígenas encabezadas por Tupac Amaru, que además de dejar un fermento revolucionario muestran la irrupción de una alteridad negada.

La etapa posterior a la independencia, durante el siglo XIX, va a estar marcada por la presencia de una aguda conflictividad social, que tratará de ser contenida en los proyectos políticos surgidos de esa

época. Las posiciones sostenidas por los representantes principales de la generación romántica argentina van a girar alrededor de esta situación histórica. La matriz ilustrada independentista es reformulada teóricamente por autores como Alberdi o Sarmiento, en su intento de asimilar discursivamente una realidad social antagónica, con distintos sujetos históricos que han aparecido en la escena americana.

Esta situación va a tratar asimismo de ser encauzada institucionalmente mediante un proyecto "civilizador", retomado en las formulaciones ideológicas posteriores de un Estado moderno que alcanza en Argentina una cierta organicidad a principios de este siglo. Confluyen en este periodo una serie de enunciaciones acerca de la identidad que nos corresponde como nación, ideas que influyen en la vida política del país.

La preocupación por una definición de una modalidad propia era resuelta según las distintas orientaciones pero reflejaban el interés por determinar el momento histórico presente, como se puede observar en los escritores cercanos al Centenario.

De esta forma encontramos las posturas del positivismo donde se atiende el "carácter nacional", y predomina el enfoque limitado de lo racial que, en algunos autores como Bunge en su libro *Nuestra América* (1903), acaba por condenar al factor indígena como negativo, coincidente con otros diagnósticos de América Latina como "continente enfermo". Un planteo más moderado de otros autores, como Agustín Álvarez, pone el acento en el ambiente y la educación para modelar el carácter, lo que lleva a considerar críticamente la herencia colonial española.

Confrontados con estos discursos encontramos otros que revaloran el pasado nacional, tanto en su vertiente hispánica como nativa. En algunos casos, como Ricardo Rojas en su obra: *Restauración nacionalista* (1909), se va a invertir las categorías "civilización" y "Barbarie" para afirmar lo "nativo" frente a lo "exótico" y postular así una fisonomía peculiar que llama "argentinidad". Estas reivindicaciones de lo nacional tienen correspondencias en América Latina por influencia de la revolución mexicana de 1910.

No debemos suponer lo mismo una direccionalidad única de esas interpretaciones que destacan un modo propio de ser. En el caso de algunos escritores argentinos esa "restauración" de un legado nacional era un medio de negar autenticidad a los inmigrantes incorporados masivamente al país y a los cuales se trataba de dar una ubicación social.

Por otra parte el recurso al hispanoamericanismo puede ser comprendido como una respuesta de la América hispana frente al avance de la América sajona. Contra el panamericanismo impulsado por los Estados Unidos como estrategia de integración y

dominación, se va a plantear como opción un latinoamericanismo, defendido por ejemplo en los discursos de José Ingenieros.

Esta posición retomaba el ideal bolivariano de "unidad política", que era posible, según lo había expresado Alberdi, por una "unidad moral", que constituye un horizonte cultural común de nuestros pueblos.

La apertura a esta dimensión en algunos autores argentinos va a determinar una comprensión adecuada de una realidad propia, y además posibilitaba la superación de principios identificatorios excluyentes, como la noción de "raza" con un sentido metabiológico o la "tierra" como agente conformador del hombre.

La afirmación de una identidad nacional no se entiende entonces aislada de una identidad latinoamericana. Y esto se produce en la medida que se ha tomado conciencia de los condicionamientos históricos de nuestros pueblos y la necesidad de lograr una respuesta para superarlos.

Para concluir diremos que la respuesta a la cuestión de la identidad latinoamericana puede encontrarse en esa historia compartida por nuestros pueblos. Este punto de partida no puede desconocer las diferencias nacionales existentes con una cierta heterogeneidad cultural, ni tampoco postular una relación directa con esa historia.

En este sentido, la conciencia adquirida acerca de nuestra realidad ha sido mediada por una memoria histórica colectiva que ha sido definida y en algunos casos "borrada" o también olvidada, según las distintas alternativas vividas.

Esa identidad compartida, que hemos señalado a grandes rasgos en su evolución, puede ser revisada en un pasado cercano que nos sirve efectivamente para orientar el presente, donde sobran ejemplos de experiencias, sueños y frustraciones comunes.

Las direcciones que se elijan en el futuro para proyectar nuevas identidades no pueden obviar esa herencia, si bien es posible asumirla críticamente, y esto vale para pensar tanto en significado del "descubrimiento" como de los sucesivos "redescubrimientos" que debamos hacer.

BIBLIOGRAFIA

- BERGER, P. y LUCKMAN, N. *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- BIAGINI, Hugo: *Filosofía americana e identidad: el conflictivo caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1989.
- "La identidad, un viejo problema visto desde el nuevo mundo", en *Nueva Sociedad*, Caracas, Nro. 99, 1989, p. 96-103.
- GRACIA, J. E. y JAKSIC, I.: *Filosofía e identidad cultural en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, 1983.

- LEVI-STRAUSS y otros: La identidad, Petrel, Barcelona, 1981.
- ROIG, ARTURO: Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano, México, Fondo de cultura económico, 1980.
- "La historia de las ideas y la historia de nuestra cultura", en Cuadernos americanos, Nueva Época, Nro. 17, vol 5, 1984.
- "Nacionalidades, nacionalidad continental y cultura en nuestra América", en Tareas, Panamá, Nro. 50, 1980.
- STABB, MARTIN: América Latina: en busca de una identidad, Caracas, Monte Ávila, 1969.
- VARIOS: Identidades andinas y lógicas del campesinado, Lima, Mosca Azul Editores, 1986.